

XIV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXIX Jornadas de Investigación. XVIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. IV Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. IV Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2022.

# El uso de la interpretación en psicoanálisis.

Mazzuca, Marcelo.

Cita:

Mazzuca, Marcelo (2022). *El uso de la interpretación en psicoanálisis. XIV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXIX Jornadas de Investigación. XVIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. IV Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. IV Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-084/495>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eoq6/qrc>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

# EL USO DE LA INTERPRETACIÓN EN PSICOANÁLISIS

Mazzuca, Marcelo

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Psicología. Buenos Aires, Argentina.

## RESUMEN

El siguiente trabajo forma parte de un proyecto de investigación UBACyT dedicado a examinar las consecuencias clínicas del último período de la enseñanza de Lacan (1971-1981), en particular la modalidad que adquiere allí la interpretación. Los tres años anteriores examiné las nociones de “trabajo” y “discurso” (1969), de “equivocidad” (1972) y de “alusión” (1958). En esta ocasión tomaré la noción de “uso” (handhabung) que Freud utiliza al hablar de la técnica de los sueños, para ubicar de manera mas amplia un conjunto de referencias lacanianas que hacen a la puesta en práctica de la interpretación analítica.

## Palabras clave

Interpretación - Uso - Discurso - Matema

## ABSTRACT

### THE USE OF INTERPRETATION IN PSYCHOANALYSIS

The following work is part of a UBACyT research project dedicated to examining the clinical consequences of the last period of Lacan's teaching (1971-1981), in particular the modality that interpretation acquires there. The previous three years I examined the notions of “work” and “discourse” (1969), of “equivocality” (1972), and of “allusion” (1958). On this occasion I will take the notion of “use” (handhabung) that Freud uses when speaking of the technique of dreams, to more broadly locate a set of Lacanian references that make the implementation of analytical interpretation.

## Keywords

Interpretation - Use - Discourse - Matheme

## Introducción

Un paciente hombre, que padece de una indefinición obsesiva, trae un sueño cuyo texto reza: “Una pareja de gays quiere tener un hijo y para eso recurre a una inseminación artificial. Pretenden que el donante sea un famoso, pero al no poder acceder a él lo reemplaza su canillita”.

¿Cuál es el sentido del sueño? El analizante busca la respuesta por el lado de la persona famosa, mientras que el analista (haciendo uso de sus libertades y vaya uno a saber de qué instrumentos inconscientes) decide preguntar con un tono enfático: “¿El canillita?”. La respuesta fue un recuerdo: el mismísimo Papa había devuelto las banditas elásticas que sujetaban los diarios al que otrora fuera el canillita de su barrio. De aquello, el analizante destaca la nobleza del comportamiento del Papa. Por

su parte, el analista, con un tono aún más enfático, exclama: ¡El canillita de papá! Y, luego, da por terminada la sesión.

¿Dónde hay que situarse para interpretar un sueño? En este caso particular, la clave no se encuentra tanto en el texto como en su contexto, más precisamente, en el acontecimiento que le dio lugar. Se trata de una intervención quirúrgica de urgencia que afecta el cuerpo del paciente más allá de su imagen y que, por su sola intrusión, motiva el soñar. En ese sentido, este sueño es más que un sueño, es un “acontecimiento del cuerpo”,<sup>1</sup> es decir, un síntoma por el cual una pulsión se satisface: “un eco producido en el cuerpo por el hecho de que hubo un decir”, diría Lacan.<sup>2</sup> Esta breve manifestación sintomática que tomamos como paradigma, sirve para advertir que el inconsciente es un discurso que involucra al cuerpo (y que puede en ocasiones hasta prescindir de las palabras enunciadas) y que la práctica psicoanalítica también lo es. Más precisamente, el discurso analítico constituye el reverso de ese discurso fundador del sujeto que es el inconsciente, primera referencia para situar la interpretación en psicoanálisis.

Por eso, hablar de los “usos” de la interpretación, así como de cualquier otro uso en psicoanálisis,<sup>3</sup> es referirse a una “práctica” (ni teoría ni clínica) comparable a un arte o un deporte para el cual es preciso entrenarse. Y aunque su único medio sea la palabra, no por eso deja de ser una gimnasia cuyos movimientos, aún invisibles e incluso inaudibles, conviene saber detectar como provenientes del discurso que los promueve. Hagamos pues el ejercicio de tratar el asunto de los “usos de la interpretación” recorriendo los rincones del discurso del analista.<sup>4</sup>

## s. La interpretación es sentido...

Que la interpretación tiene que ver con el sentido es algo que Freud introduce de entrada al exponer su tesis sobre los sueños. De hecho, *La interpretación de los sueños (Die Traumdeutung)* también podría traducirse por “el sentido de los sueños”. Pero todo el asunto consiste en comprender qué sentido darle al término “sentido” en la especificidad del discurso analítico.

Al menos para el caso de los sueños el sentido no es equivalente al significado, y mucho menos a una significación que valga para todo el sueño en su conjunto. Señalar el deseo histórico de recibir un hijo del padre (para el caso de nuestro paciente) no sería más que hacer un uso pobre y poco eficaz de la interpretación. Tampoco está establecido de antemano para cada una de sus partes, cual si fuese un código, aún cuando las imágenes del cuerpo puedan sugerir cierta simbología común. La interpre-

tación freudiana no apunta nunca a un hecho u objeto tangible de la realidad “objetiva”, y su realidad no es otra que la del discurso del inconsciente, dirá más adelante Lacan. Es cierto que su referente es siempre el deseo, pero eso es prácticamente equivalente a decir que su referencia falta, o que el referente es esa falta misma. En última instancia, que el referente es el sujeto “deseante”.

Por eso, es importante empezar aclarando que el “sentido” del sueño, lo mismo que el de la interpretación, es sobre todo su dirección, su orientación, como si se tratara del sentido de una calle. También es el sentido del cuerpo, o el cuerpo sentido, como si habláramos del sentido del olfato. Al menos tres sentidos, entonces, para la palabra “sentido”. Y aun cuando Freud solía enunciar a sus analizantes el sentido último de un sueño, este no era nunca otra cosa que un deseo enunciado, es decir, un deseo pre consciente cuya verdad inconsciente no queda agotada. Por el contrario, se transforma en plataforma de lanzamiento de una nueva verdad. Por lo tanto, el significado de un sueño, lo mismo de un lapsus o de un síntoma, no es su interpretación. “Sentido”, “significado” e incluso “significación”, son términos que con el uso adecuado conviene distinguir.

Para eso hay que poder captar que la interpretación es en esencia del orden de un decir, de un movimiento del cuerpo y la palabra que inaugura un campo de acción, el de lo analizable (es decir, el del síntoma), y que por eso conviene que no impacte de lleno en el blanco, aun cuando éste sea siempre el efecto-afecto sujeto. Porque interpretar, en un sentido amplio, no consiste en ajustar un determinado fenómeno clínico a un aspecto de la teoría, sino primordialmente en abrir el campo del deseo. Su utilidad básica y elemental es la de plantar la semilla del sentido en el lugar correspondiente, lo cual se percibe bastante bien en el caso del sueño de nuestro paciente. En otros términos: plantear la cuestión del sentido de la verdad sobre el deseo para un determinado sujeto en una coyuntura que lo sobrepasa.

Si advertimos esto, podemos también percibir la función primaria que posee la interpretación en el proceso de este y de cualquier otro análisis, que consiste en nombrar la verdad de lo que ha sido una posición reiterada del sujeto ante el deseo del Otro. En este sentido, la interpretación en psicoanálisis “no está abierta a todos los sentidos”,<sup>5</sup> y la manera más eficaz de ponerlo a prueba es sujetando el sentido a un significante identitario: “cómplice”, para el caso de *Dora*; “enfermera”, para Elisabeth von R; “criminal” para el *Hombre de las ratas*; o “canillita”, para el ejemplo de nuestro paciente.

En cualquier caso, sirve para advertir que “la interpretación es sentido y va en contra de la significación oracular”<sup>6</sup> (esa que más que impulsar detiene), y que solo vale en la medida en que se tengan en cuenta las condiciones de su producción y la respuesta asociativa del analizante. No apunta nunca a inflar con explicaciones una determinada conducta inhibida del sujeto (lo cual, analíticamente hablando, no tendría ningún valor), sino a reconocer su participación activa en el asunto deseante y a

ponerla a trabajar.

Al mismo tiempo, sugiere una causa aún no entrevista por el analizante, que ineludiblemente atañe a su posición sexual: otra vez *Dora*, el *Hombre de las ratas* e incluso nuestro *Canillita*. En este último caso, es sorprendente lo ausente que está en el sueño el elemento de lo femenino. Aún así, ese parece ser el “asunto” del sentido para todo ser hablante. Y si su fenómeno primario y más elemental es el sueño, es solo porque el sueño llama a la interpretación, e incluso “es” en sí mismo resultado de una interpretación, la del inconsciente, esa que muchas veces logra producir un “afecto enigmático” al solitario soñante. Y el enigma, afirma Lacan, es “el colmo del sentido”.

### (S2) ... la estructura...

Cuando la Quimera planteó al caminante el enigma de aquel ser que camina en cuatro patas a la mañana, dos al medio día y tres al anochecer, el futuro Edipo dio como respuesta: “el hombre”. Sin embargo, su respuesta no va de suyo, y en rigor de verdad podría haber sido otra, por ejemplo: “los esquemas de Jacques Lacan”<sup>7</sup>. Al menos esa es la curiosa respuesta que da el propio Lacan (como si replicara el enigma) cuando intenta dar cuenta del sitio que ocupa la interpretación en su discurso y en el discurso analítico.

La figura del enigma, “enunciación cuyo enunciado queda en reserva”<sup>8</sup>, puede introducir al sujeto en el campo del sentido sin mediar ningún otro recurso, y por eso puede considerarse como modelo de aquello que abre la posibilidad de un recorrido de análisis. Al mismo tiempo, es según Lacan una de las formas en las que se reconoce la estructura de toda interpretación: un saber (elementos de una cadena significante articulados en un enunciado) ocupando el lugar de la verdad (más bien sitio que elemento)<sup>9</sup>. Esto implica que la interpretación en psicoanálisis, aún cuando haga uso del sentido en sus variadas formas, se ajusta a una lógica que la enmarca y sin la cual resultaría francamente imbécil<sup>10</sup>. Para percibir su contraste, basta con prestar atención a la clínica con ciertos pacientes esquizofrénicos. Allí la interpretación errática y fluctuante, al no quedar tomada por ningún discurso establecido, no tiene ni pies ni cabeza.

Por lo tanto, cualquier abordaje del tema del “uso de la interpretación en psicoanálisis” precisa de algún orden de formalización de la práctica que haga de la clínica un saber transmisible. En el caso de Jacques Lacan, el trabajo de formalización va desde los esquemas hasta los objetos topológicos, pasando por la escritura de fórmulas, en particular la de los cuatro discursos. Para seguir con la chistosa interpretación que realiza Lacan sobre el recorrido de su enseñanza, podemos intentar una interpretación sobre las tres referencias aludidas en su respuesta: al *amanecer* de su enseñanza, las “cuatro patas” del Esquema de la comunicación analítica (allí donde la interpretación es “efecto de sentido” producido por la puntuación significativa del discurso del analizante); en el *medio día* de su enseñanza, la distinción

“bípeda” del esquema de los dos espejos (donde la interpretación es “alusión” que permite hacer surgir del sentido el objeto causa del deseo); y en el *anochecer* de sus esfuerzos de transmisión, la “trinidad” borromea (donde la interpretación es quehacer poético, más no por ello carente de lógica, por cuanto juega con los diferentes tipos de equívocos para mostrar que el sentido se agujerea y se ausenta).

*El-canillita-de-papá*, a mitad de camino entre cita del texto analizante y enigma urdido en la palabra del analista, representa en nuestro ejemplo el saber surgiendo en el lugar de la verdad del deseo. Esto no implica que sea el único saber que pueda ocupar ese lugar y tampoco que dicho lugar pueda ser totalmente ocupado. El sujeto de un discurso puede hacerse representar por significantes distintos en diferentes momentos. Para hacerlo surgir del sueño, bien podríamos haber elegido *una-pareja-de-gays*, *quieren-tener-un-hijo* o *inseminación-artificial*. Pero también es cierto que hay un límite para la interpretación y que todo sueño tiene su ombligo<sup>11</sup>.

Hay la estructura, sostiene Lacan, y podemos considerarla lo más real del significante en una experiencia que, haciendo uso del sentido, depende de la “función activa de la palabra” pero en el “campo ordenado del lenguaje”.

#### *S (A)...el acontecimiento imprevisto...*

Es un largo trayecto de referencias el que Lacan sugiere con su comentario acerca del enigma que interpeló a Edipo, y valdría la pena recorrerlas en detalle para poder utilizarlas. Pero conviene advertir que no se trata solo de la estructura representada en dichos esquemas (que funcionan como referente externo y objetivo de su enseñanza) sino además del acto de crearlos y enunciarlos en un momento dado (referente subjetivo e interno a su discurso). Su enunciación, en el marco de su enseñanza, es cercana al chiste; y su efecto, aunque contingente, podría ser la risa de sus alumnos en formación. Dicho de otro modo, los esquemas de Jacques Lacan, además de ser “los esquemas de Jacques Lacan”, son *los-esquemas-de-Jacques-Lacan*. Parece un trabalenguas, un laberinto del sentido, pero también podría ser un chiste. A propósito, un analizado le dice a un no analizado: ¿alguna vez fuiste a un laberinto? No, responde su intrigado interlocutor. ¡Uy! exclama el primero ¡No sabés lo que te perdés! En el chiste, “lapsus calculado”, según la definición aforística y paradójica de Lacan, el significado establecido de un término se *pierde* por un momento en el sentido doble, doblado o *laberíntico* del significante. Pero todo el asunto, igual que en el análisis, consiste en encontrar la salida. Por eso es un buen modelo para pensar los “usos” que el discurso analítico hace de la interpretación, ya que permite señalar sus determinantes al mismo tiempo en que descarta de entrada la idea de un empleo meramente voluntario y puramente mecánico de dicho recurso. Como muestra permanentemente la experiencia, el psicoanálisis es una práctica cuyos efectos nunca pueden preverse de

antemano, ya que la estructura está agujereada, e incluso no es lo único que cuenta. No basta con reconocer que hay modos más propicios para intervenir los síntomas de la histeria y otros diferentes para los casos de obsesión. O que puede haber estrategias más o menos típicas de intervención según el discurso que gobierne en cada tramo de una cura. Su clínica no es la de simples pensamientos o cogniciones cuyos esquemas podrían corregirse aplicando un método de intervenciones estándar. Las contingencias fruto del azar, la de los buenos o malos encuentros, también pueden ser determinantes y es importante saber servirse de ellas.

Esto quiere decir que la palabra interpretativa, único y auténtico medio de la eficacia analítica, también es del orden de un acto. Y un verdadero acto nunca puede calcularse del todo, aun cuando un cálculo de coordenadas convenga al analista en su intervención. La interpretación siempre tiene algo de impredecible. Seguro lo es en el orden de sus efectos, allí no hay ninguna duda al respecto, pero también puede serlo en el plano de su emisión por varias razones. Es algo más difícil de percibir, pero también esta presente en el juego significativo que hace surgir la verdad del sueño de nuestro paciente obsesivo. Por eso se parece al chiste, que se diferencia de sus formaciones vecinas por ser un tipo de lapsus “que le gana de mano al inconsciente”.<sup>12</sup> Tanto en el chiste como en la interpretación hay un orden que toma en cuenta la estructura pero que luego cae en el agujero, ya que las resonancias y el poder evocativo que posee la palabra cuando es emitida por el cuerpo echan por tierra toda ilusión de dominio. Sobre todo cuando se juega con el equívoco homofónico, cristal de la lengua que separa el sonido del sentido. Una “papa”, un “Papa”, o un “papá”, solo se distinguen nítidamente por su ortografía, la cual depende en esencia de la homofonía. En esos casos, prácticamente puede decirse que se confía a la lengua misma la tarea de interpretar.

Por eso, la experiencia analítica, que no puede prescindir del sentido, también tiene otro gobernante (tal como lo expresa Lacan en el *Atolondradicho*).<sup>13</sup> No era tan visible al comienzo de su enseñanza, pero estaba de hecho anticipado en su elaboración sobre la estructura y la dinámica del chiste.<sup>14</sup> Ahora resulta que en su discurso, y desde Roma, se trata también de la “ficción” de la palabra en el “canto”<sup>15</sup> del lenguaje. Eso dice Lacan en 1972, casi veinte años después de su primera intervención en el terreno de la enseñanza. Es una buena manera de transmitir el discurso analítico: haciéndose el chistoso y atolondrándose con sus propias definiciones. Con un pequeño chiste interpela a los analistas en formación, torciendo sus propias palabras para interpretar su propio discurso.

Agreguemos que acentuar la variable del “canto” es equivalente a introducir la variable del cuerpo y de los órganos que intervienen en el efecto interpretativo, tanto desde el punto de vista de la fonación como de la audición. “¿Qué quiere decir que la interpretación es incalculable en sus efectos?”, pregunta finalmente Lacan: “quiere decir que su único sentido es el goce”.<sup>16</sup>

Término ambiguo y de significación variada en el discurso lacaniano, pero que en todos los casos involucra la participación del cuerpo real y viviente, el goce es la variable que definitivamente pone fuera de juego la voluntad de dominio de cualquier técnica interpretativa. Puede haber goce hasta en el dolor, por ejemplo en el de una intervención quirúrgica, en el de un embarazo o de un parto. Y la interpretación analítica, desde el primer lapsus auto-interpretado por Freud,<sup>17</sup> muestra que cualquier experiencia de goce conduce indefectiblemente a plantear el problema inarreglable del goce sexual, ese para el cual no hay sentido que valga por carecer de sujeto.

De esta manera, en el encuentro entre estas dos variables (estructura lógica y acontecimiento imprevisto) podemos intentar situar el arma más potente de la intervención analítica. Dicho de otro modo, es el uso (*die handhabung*)<sup>18</sup> de la interpretación, su gimnasia, y no meramente su estructura, lo que intentamos examinar pensando en el empleo o la manipulación que hace de ella el analista. Está claro que mete mano en el terreno fangoso del sentido (primera e ineludible referencia del antiquísimo arte interpretativo), que se tuerce, se dobla, se desdobla y se multiplica; pero siempre para levantar luego el dedo e indicar lo que interesa en sus efectos solo de manera alusiva,<sup>19</sup> de costado, y por eso muchas veces no tiene más que intervenir en silencio, como el cirujano que operó a nuestro paciente.

Podría decirse, siguiendo una metáfora más tardía en la enseñanza de Lacan,<sup>20</sup> que una cura consiste en desgastar la tela del sentido hasta producir los agujeros convenientes y señalar que el sentido se ausenta cuando los registros del cuerpo y del lenguaje (lo imaginario y lo simbólico) calzan en lo real del viviente, es decir, cuando de la relación sexual se trata.<sup>21</sup>

#### *a ...lo expulsado del sentido...*

Conocida es la tesis de Freud acerca del sentido sexual de sueños y síntomas en su conjunto.<sup>22</sup> La prueba la aporta el hecho de que siempre podemos otorgarle un sentido sexual a una formación del inconsciente. Por ejemplo, podríamos adjudicarle un partener homosexual a nuestro soñante en la figura del médico cirujano que lo “intervino”. De hecho, sería una interpretación de tinte bien freudiana y no quedaría descartado un posible efecto sobre el sujeto. Solo que así acercáramos su uso al de una “construcción” sobre el goce y la elección sexual que conviene más a la estrategia de la transferencia que a la táctica de la interpretación.

En rigor de verdad, la clave última del desciframiento está más bien en el sin sentido de lo que, por venir a intentar el acto sexual que daría la medida de una relación, causa el efecto y provoca el afecto del síntoma-sueño. Un sueño puede ser ya en sí mismo del orden de una respuesta a una intervención no advertida por el analista. Aun su silencio, cuando el analizante esperaba una palabra, e incluso un mínimo gesto, pueden tener el efecto de un acto interpretativo. Pero el golpe certero también

puede provenir desde afuera de la relación analítica y aparecer como por azar. Especialmente en los casos de obsesión donde el yo del analizante mantiene una fuerte vigilancia y sus pensamientos se rehúsan a darle lugar a lo que hay de cuerpo en la relación analítica. Aún así, es al analista a quien le corresponde recibir los efectos e incluso asumir la causa para ubicarse en su lugar.

En esos casos, el uso de la interpretación es comparable a la función que cumple para Freud el resto diurno en la formación de un sueño, más concretamente a lo que Lacan señala es su cara real. Para el caso del sueño inaugural del psicoanálisis, el de *La inyección de Irma*, el factor en juego es un “tono de voz” del colega que se refiere a la insuficiente curación de Irma. Para el caso de nuestro paciente, podemos conjeturar más bien la participación de una mirada que desnuda el cuerpo (y que tal vez también lo desanuda), lo cual es perfectamente compatible con lo insinuado previamente en otros sueños y demás producciones del analizante.

Allí el uso que el analista hace del arte de interpretar, además de auditar el significante del saber que vendría al lugar de la verdad, tiene que incluir la función del semblante de objeto a través del cual es necesario que el saber-verdad se manifieste. En esos casos, la estructura de la interpretación es un poco más compleja, y su circuito un poco más amplio, pero aun así podría prácticamente prescindir de las palabras. El analista podría sencillamente intentar, semblante mediante, hacer presente esa “mirada-fuera-de-lugar”, como decía otro analizante.

Lo importante en ese caso es advertir, como lo hace Lacan, que en una relación de discurso, aún sin pronunciar siquiera una palabra, los lugares que se ocupan “pre interpretan”.<sup>23</sup> Y el lugar que le corresponde ocupar al analista en su discurso es el de la causa del deseo y del trabajo, y su operador clínico es el objeto *a*. Dicho objeto, bajo cualquiera de sus cuatro sustancias epistémicas, es al mismo tiempo causa del sentido y aquello que el sentido expulsa, el resto inservible e inasimilable de su circuito. Por eso es especialmente útil su intervención tanto en la puerta de entrada de los análisis como en la de su salida.

Esto quiere decir que, aun cuando puede ser sujeto de la palabra en el instante de la interpretación (único momento en que la relación se torna “intersubjetiva”, según Lacan), conviene que el analista no se instale en ese lugar. De ser así, o se transformaría él en analizante que trabaja (lo cual suele ser bastante cansador), o ya desde otro discurso haría un uso histérico de la interpretación: provocación, interpelación o en el mejor de los casos incitación, pero difícilmente interpretación propiamente analítica. En el primer caso, haría mejor en silenciar las ocurrencias que vienen a su mente para hacer uso de ellas en su propio análisis. El segundo caso, puede valer como “vacilación calculada”, dijo Lacan alguna vez, pero entonces es preciso estar bien al tanto de la posible mudanza de discurso.

También es cierto que el semblante de objeto del analista es una referencia significantizada, lo cual es absolutamente notorio y

necesario en un determinado plano de la transferencia y de su manejo. Aquello que pre-interpreta puede ser el nombre propio, como le ocurrió a Freud con el *Hombre de las ratas* (por creer este último que su analista era el hermano de un asesino serial). También es una referencia imaginizada, y lo que pre-interpreta puede quedar a cargo de un rasgo cualquiera que señale la vinculación con el falo o con la pulsión (como sucedió con Freud para *Dora* por entrar en la serie de los “fumadores”). El campo del sentido y del goce, aunque se excluyen naturalmente uno del otro, se encuentran en el semblante de objeto que el analista encarna, ya que la sustancia con la que está hecho es la del plus-de-gozar.

Pero en última instancia, y en todos los casos, dicho objeto no es más que un vacío, el punto de calce de los tres registros, y la interpretación apunta a él en la medida en que siempre “atañe a la causa del deseo”.<sup>24</sup> Cualquier uso de la interpretación que pretenda plantear la cuestión del análisis terminable debe hacerlo participar. Para eso, hay que hacerlo consistir lógicamente como agujero haciéndolo surgir poéticamente de las letras del inconsciente.

*S, ...el analista poeta...*

La enseñanza de Lacan, de manera comparable al recorrido de un análisis, permite finalmente advertir que si la interpretación es efectiva, y el psicoanálisis no es una mera estafa, es porque su uso primario ya está presente en el ejercicio mismo de la lengua. El equívoco, agrega Lacan, es el arma más eficaz contra el síntoma, más precisamente contra el *sinthome*, que es la versión del síntoma que mantiene en pie a una neurosis. El equívoco lo desarma y lo descompone,<sup>25</sup> y por eso en él la interpretación encuentra su uso propiamente analítico.

Son las letras del síntoma, sus significantes unarios, aquello que el discurso analítico produce como lo más real del goce del síntoma mediante el circuito de la interpretación. La utilidad en ese caso es la de probar en acto la ruptura del par significativo y la imposibilidad de su unión, cuya consecuencia es la pérdida de sentido y la verificación de que en lo elemental de su síntoma el ser hablante ya no se representa como sujeto.

Como señalamos al hablar del *Papa-papá* de nuestro sueño, con el equívoco (en especial el que recurre a la homofonía) es prácticamente la lengua quien interpreta y la interpretación se torna poética. Pero sería insostenible afirmar que el analista no pone nada de sí. En ese sentido, también puede decirse que el uso que hace el analista de la interpretación es comparable al del poeta. Respecto del equívoco, dice Lacan, “todas las jugadas están permitidas, siempre y cuando el poeta las haga cálculo y el analista las use donde conviene”.<sup>26</sup> Solo que la conveniencia no es personal. El deseo del analista, que “se manifiesta en la interpretación”,<sup>27</sup> según Lacan, es aquello que se ajusta a “la pendiente de las palabras de su analizante”.<sup>28</sup>

En el caso de nuestro sueño, el analista podría haber elegido

pronunciar “el *canallita* de papá”, lo cual seguramente hubiera producido un eco en el analizante por cuestiones que atañen a la particular historia de su padre. En otro sueño, referido a algunos de los goces no tan ocultos del padre y al modo en que los ponía en práctica, la escena transcurría en una “ciudad de Lego”. En esa oportunidad, la única interpretación consistió en pronunciar el analista: “la ciudad del ego”. En todos estos casos se trata en el equívoco (sea homofónico, lógico o gramatical) del ejercicio de sentir el sonido y hacer sonar el sentido para que no quede más que su efecto de agujero. Dejar que la materialidad de las letras y la resonancia de las voces hagan su trabajo.

Pero, entonces, ¿qué tipo de arma manipula el analista cuando da una interpretación? Evidentemente, como no podía ser de otro modo, una de esas que carga el Diablo. Dicho de otro modo, el goce de la lengua. ¿Y qué decir de los usos, en plural, que hace de ella? Cómo mínimo, que no la maneja a su antojo, pero que aun así el lugar que ocupa en la situación analítica lo insta a hacerse cargo de las consecuencias de sus disparos. Por eso lo primordial a destacar es la dimensión ética que interviene en su quehacer poético de analista.

Hablar de los usos de la interpretación implica para nosotros descartar de entrada la idea tentadora pero riesgosa de creer que existe una técnica aplicable de la cual la persona del analista podría tener pleno dominio. Todo lo contrario. Aun cuando su palabra intervenga, y admitiendo que su persona le da soporte mediante la transferencia, la táctica de la interpretación siempre quedará condicionada en sus efectos por la política de la cura, esa en la cual el analista interviene con lo que puede aportar de su propio, y por momentos inestable, ser de deseo. Esto no implica que no haya técnica, e incluso técnicas, en plural, y el analista en cierto modo puede considerarse un “técnico de la enunciación”. Generalmente, los empleos diversos que hace de la interpretación se inscriben en esa “tecnicatura”. Se supone que debe saber manejar las herramientas que el lenguaje brinda al ejercicio de su profesión, y por eso Lacan sugiere que conviene que sea un “letrado”<sup>29</sup> e incluso que intente ser siempre un poco más “poeta”.<sup>30</sup>

Pero su eficacia proviene en todos los casos de otro lado. La ilusión de “dominio”, que conduce al principiante a creer que algún día llegará el momento de conseguir un acabado control del arte interpretativo, es el primer ideal del cual un analista debe desprenderse. Su orientación es ética y no técnica, y su clínica debe tenerlo en cuenta cuando intenta establecer su lógica. ¿Cuál podría ser entonces el uso fundamental de la interpretación en el caso particular del discurso analítico? ¿Por qué no intentar buscar un matema que pueda al menos sugerirlo?

*? ...el matema.*

Si tomamos como modelo el *enigma* (lo mismo ocurriría con la cita), elegiríamos el matema que escribe el saber ( $S_2$ ) en el lugar de la verdad en la fórmula del discurso analítico. Si optáramos

por tomar como modelo la *estructura del chiste*, sin duda elegiríamos el matema del significante de la falta en el Otro,  $S(A)$ , para indicar el punto de imposibilidad que actúa como límite a lo interpretable y como acontecimiento imprevisto. Si en cambio tomáramos como modelo la *dinámica del chiste*, elegiríamos el matema del objeto ( $a$ ), para señalar con el semblante de la risa la participación del cuerpo en dicho acontecimiento y lo incalculable de sus efectos. Y si tomáramos como modelo la escritura poética, elegiríamos el matema del significante unario ( $S_1$ ), para destacar la relación del significante con la letra como soporte material y como decantación de lo sonoro.

Ahora bien, si quisiéramos desplegar su gimnasia, aún sin descuidar su estructura, tal vez la mejor opción sería retornar al campo del sentido. Podríamos, entonces, escribir “ese minúscula” ( $s$ ), apelando a su primera notación algebraica legada por De Saussure. Solo que con ella no estaríamos seguros de no estar reintroduciendo por la ventana lo que intentamos hacer salir por la puerta: el significado y la significación. Por eso, optamos por escribir sencillamente una flecha.

La escritura de una flecha (símbolo significativo que no es siquiera una letra del alfabeto ni un signo algebraico), nos beneficia con la expresión mínima de un “sentido sin sentido”. Su dibujo podría ser el que utiliza Lacan para representar el recorrido de la pulsión: una flecha cuyo efecto retorna sobre su causa. Pero su escritura más depurada en términos lógicos sería la de las flechas que vinculan los diferentes lugares en la fórmula de los discursos.

Si restituyéramos su sentido enunciado, indicaría más o menos lo siguiente: la dinámica de un movimiento que involucra al cuerpo (oral o invocante, tal vez escópico e incluso anal), que al mismo tiempo no es simple desplazamiento continuo de la palabra sino discontinuidad significativa propia de un *paso* o un *salto*, una *costura* o una *puntada*, un *golpe* o incluso un *corte*; que además sugiere una causa inadvertida y un efecto incalculable para dicho movimiento, cuyo lanzamiento puede ser ruidoso o silencioso, portador de muchas o pocas palabras, acompañado o no de gestos, sonidos u otros semblantes, no importa tanto; y cuyas consecuencias clínicas siempre deben medirse según las respuestas variadas del síntoma y del inconsciente del analizando, aunque su genuino y verdadero destinatario sea en última instancia el sujeto deseante.

Entendemos que es importante que un analista sepa reconocer ese movimiento en toda su dimensión y con cada una de sus implicancias. Advertir que lo que cuenta en su práctica es del orden de esa flecha, por más invisible e incluso inaudible que sea, captar lo imprevisible que resulta a veces su disparo y que solo a partir de reconstruir su recorrido es que podrá establecer algo de la lógica del caso que está intentando tratar, sea este caso el de alguno de sus pacientes o el suyo propio, ya que todo esto también cuenta para su propia tarea analizante y para su eventual experiencia de Pase.<sup>31</sup> Que no prejuzgue entre buenas y malas interpretaciones sino que juzgue su utilidad según sus

efectos sobre la posición deseante. Y que lo haga éticamente, es decir, incluyendo su ser de deseo en el asunto que está intentando analizar.

Por eso, aunque el estudio de los conceptos y de los casos clínicos pueda aportar lo suyo, en lo que respecta a la interpretación, no hay formación del analista que pueda saltarse esa experiencia personal. Lacan advierte que el analista paga con su palabra,<sup>32</sup> y que también “tiene detrás de sí a su propio inconsciente del cual oportunamente se vale para dar una interpretación”.<sup>33</sup> Para eso, no importa tanto ni la técnica ni el material que utilice cuando intenta colocar el significante del saber en el lugar de la verdad. Lo que cuenta es la táctica. Puede recurrir a la puntuación, al corte, al equívoco o a otra técnica cualquiera, es prácticamente indistinto, no hay una técnica mejor que otra, cualquiera de ellas puede poner en relación (y al mismo tiempo en disyunción) al par de significantes que efectivizan al sujeto. Puede citar el texto de su analizante o interpretar con sus propias palabras, en cualquier caso hará una elección de los significantes a utilizar. Lo decisivo es que sepa devolverse a una posición de destitución subjetiva en el momento de recoger los frutos de su intervención. Es lo que dará oportunidad al discurso analítico de seguir obrando en la dirección conveniente hasta lograr que precipiten las letras de lo ya no analizable, es decir, de lo ya no interpretable más que en ejercicio.

#### BIBLIOGRAFÍA Y NOTAS

<sup>1</sup> Lacan, J. (1975-76) *El seminario 23: El sinthome*, Paidós, Buenos Aires, 1992.

<sup>2</sup> *Ibid.*

<sup>3</sup> Remitimos al lector al primer volumen de esta colección titulado *Usos del síntoma: posiciones del sujeto en el deseo*, de esta misma editorial.

<sup>4</sup> El lector puede consultar la escritura del matema de dicho discurso en la clase del 17 de diciembre de 1969 del Seminario de Jacques Lacan.

<sup>5</sup> Lacan, J. (1964) *El seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 1992.

<sup>6</sup> Lacan, J. (1972) “El atolondradicho” en *Otros escritos*, Paidós, Buenos Aires, 2012.

<sup>7</sup> Lacan, J. (1969-70) *El Seminario. Libro 17. El reverso del psicoanálisis*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1992, p. 37.

<sup>8</sup> *Ibidem.*

<sup>9</sup> *Ibidem.*

<sup>10</sup> Lacan, J. (1972) “El atolondradicho”, en *Otros Escritos*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2012.

<sup>11</sup> Freud, S. (1919) “Los límites de la interpretación de los sueños”, tomo XVIII, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1993.

<sup>12</sup> Lacan, J. (1957-58) *El seminario 5: Las formaciones del inconsciente*, Paidós, Buenos Aires, 1992.

<sup>13</sup> Lacan, J. (1972) “El atolondradicho” en *Otros escritos*, Paidós, Buenos Aires, 2012.

<sup>14</sup> Lacan, J. (1957-58) *El seminario 5: Las formaciones del inconsciente*, op. cit.

- <sup>15</sup> Lacan, J. (1972) "El atolondradicho" en *Otros escritos*, Paidós, Buenos Aires, 2012.
- <sup>16</sup> Lacan, J. (1973-74) *El seminario 21: Los nombres del padre*, clase del 20 de noviembre de 1973, inédito.
- <sup>17</sup> Freud, S. (1905) *Psicopatología de la vida cotidiana* en *Obras completas*, Vol. VI, Amorrortu, Buenos Aires, 1993.
- <sup>18</sup> Remitimos al lector a la presentación de este volumen.
- <sup>19</sup> Lacan, J. (1958) "La dirección de la cura y los principios de su poder" en *Escritos 2*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1992.
- <sup>20</sup> Lacan, J. (1974-75) *El seminario 22: RSI*, inédito.
- <sup>21</sup> *Ibid.*
- <sup>22</sup> Freud, S. (1916) "El sentido de los síntomas" en *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, *Obras completas*, Vol. XVI, *op. cit.*
- <sup>23</sup> Lacan, J. (1969-70) *El seminario 17: El reverso del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 1992, p. 15.
- <sup>24</sup> Lacan, J. (1972) "El atolondradicho" en *Otros escritos*, *op. cit.*
- <sup>25</sup> Freud, S. (1917) "Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica" en *Obras completas*, Vol. XVII, Amorrortu, Buenos Aires, 1993.
- <sup>26</sup> Lacan, J. (1972) "El atolondradicho" en *Otros escritos*, *op. cit.*
- <sup>27</sup> Lacan, J. (1962-63) *El seminario 10: La angustia*, Paidós, Buenos Aires, 2007.
- <sup>28</sup> Lacan, J. (1977-78) *El seminario 25: El momento de concluir*, inédito.
- <sup>29</sup> Lacan, J. (1958) "La dirección de la cura y los principios de su poder", *op. cit.*
- <sup>30</sup> Lacan, J. (1976-77) *El seminario 24: El inconsciente es el amor*, inédito.
- <sup>31</sup> Nos referimos con esto al dispositivo inventado por Lacan, y practicado en sus Escuelas, para investigar los finales de análisis y autenticar la producción del deseo con el cual opera un analista.
- <sup>32</sup> Lacan, J. (1958) "La dirección de la cura y los principios de su poder" en *Escritos 2*, *op. cit.*
- <sup>33</sup> Lacan, J. (1978) "El sueño de Aristóteles", inédito.